



Controvertido el premio, controvertido el personaje. No es la primera vez que el Nóbel de la Paz desata agrias polémicas. Hoy, que el mundo se desliza al parecer irrefrenablemente hacia una segunda guerra fría, la decisión del comité noruego de otorgar el galardón a Lech Walesa, dirigente histórico de "Solidaridad", ha provocado reacciones contrapuestas.

Para unos significa un reconocimiento a los valores del mundo occidental y una nueva condena moral al totalitarismo comunista. Para otros se trata de una provocación al campo socialista y la instrumentalización política del premio, con el fin de apuntalar la política no precisamente pacifista de Reagan y remachar con broche de oro la ofensiva desatada a raíz del derribo del avión surcoreano.

Es posible que en el ánimo de los integrantes del Comité del Premio Nóbel de la Paz, que pertenecen mayoritariamente a partidos conservadores, hayan pesado estos criterios. Aun cuando ese no haya sido el caso, los medios de comunicación occidental se encargarán de convertir el Nóbel de la

# Premio a David

Carlos Iván Degregori

Paz en un misil más poderoso que el que destruyó al Boeing surcoreano

Pero explicar el premio como una simple provocación sería caer en el maniqueísmo inverso. Porque el surgimiento y auge del sindicato independiente Solidaridad, que en su pináculo llegó a agrupar a alrededor de diez millones de trabajadores polacos, constituye sin duda el fenómeno social, político y cultural más trascendente acaecido en Europa oriental en la segunda mitad del siglo XX. Más importante aún que los sucesos de Checoslovaquia durante la primavera y el verano de 1968.

Por su profundo aliento proletario y popular, por su búsqueda —a veces confusa o desesperada— de una apertura democrática y una reafirmación nacional, Solidaridad encarnó las esperanzas y reveló la potencialidad liberadora de un socia-

lismo en democracia. A pesar de ser una amalgama no sólo heterogénea sino contradictoria, el sindicato independiente polaco logró descongelar temporalmente las estructuras anquilosadas de un socialismo burocratizado —tal como reconocieron los propios dirigentes del partido y el Estado polaco.

Y a pesar de sus ambigüedades y su apego casi incondicional a la jerarquía religiosa de su país, expresión de un catolicismo conservador, pero que tiene mucho de protesta popular y afirmación nacional y no sólo de "fe profunda en la justicia divina", que es lo único que quiere ver *El Comercio*, Lech Walesa fue el líder carismático que personificó ese movimiento, que supo unificar los esfuerzos de millones de trabajadores y convertirse en un nuevo, multitudinario y juvenil David en lucha por la democracia dentro del socialismo.

Apuesto a que esa es la imagen de Solidaridad y de Walesa que predomina entre los pueblos. Pensar que las agencias de noticias y los regímenes occidentales pueden "engañar" completamente al planeta y utilizar el movimiento polaco para sus fines, es subestimar a la especie humana. Pueden confundir sí, pero más temprano que tarde la verdad se abre paso.

Es el caso, por ejemplo, del Perú en 1983. Por más que esa derecha que declara ilegal o terrorista cualquier paralización laboral, celebre el Premio Nóbel como suyo, no puede evitar que nuestras pituitarias perciban el inocultable tufazo de hipocresía que despiden al festejar a un hombre que suele declarar que su gran escuela en la vida fue la huelga.

Entre los mineros anclados hace un año en Lima, entre los pescadores que acaban de sumarse y hoy se agrupan alrededor

de su olla común, entre los obreros de Diamante que defienden su derecho al trabajo, difícilmente será la imagen de un impensable Walesa belaudista la que prevalezca, sino posiblemente la de alguien que en un contexto muy disímil luchó también por los derechos sindicales más elementales.

Hoy Solidaridad está desarticulada y dividida, no sólo por la fuerza del régimen militar y la ubicación geográfica de Polonia, "tan lejos del papa y tan cerca de la Unión Soviética", sino por las propias limitaciones y contradicciones del sindicato y su galardonado líder. Pero es incuestionable su papel como precursora de nuevas luchas que vendrán, como testimonio práctico de la necesidad imprescindible de corregir radicalmente errores y/o de no volver a repetirlos; de diseñar un proyecto socialista indelible de la democracia.

Si bien la lucha liderada por Walesa, que comenzó en agosto de 1980 en los astilleros de Gdansk, derrumbó algunas "imágenes", empañó prestigios y confundió a algunos; también, paralelamente, logró que reverdezcan mitos y renazcan esperanzas. Ese será su efecto más duradero e imborrable.